

El Litoral, Santa Fe, 05.12.2002

Yehuda Amijái: llorar la Biblia junto al calefón

Nota y traducción de Pablo Ingberg

Durante el período fundacional del estado israelí, muchos inmigrados cambiaron sus nombres y apellidos “de la diáspora” por otros en hebreo, como un modo de afirmación de identidad a través de la lengua adoptada para el naciente estado judío. Así fue el caso de un tal Pfeuffer, nacido en Würzburgo, Alemania, en 1924, y emigrado a la Palestina bajo Mandato Británico en 1936, justo a tiempo para escapar a la masacre nazi. Hijo de judíos ortodoxos, asistió en Jerusalén a una escuela secundaria de esa tendencia. Luego sus padres le perdonarían el abandono de la ortodoxia religiosa, en honor a sus servicios militares. El padre había luchado en el ejército alemán durante la Primera Guerra. Él, durante la Segunda, se alistó en la Brigada Judía del ejército británico, y, tras la baja, se unió al Palmaj, fuerza defensiva judía que se convertiría en el ejército israelí durante la Guerra de la Independencia. Fue en ese momento que él pasó a llamarse Yehuda Amijái, un nombre y un apellido rebosantes de afirmación. El nombre, que difícilmente elegiría un padre para su hijo en un país cristiano (Judas, como Iscariote), tiene en la “tierra prometida” fuertes y antiquísimas resonancias positivas de la misma raíz: Judá, Judea, judío, Judas Macabeo (líder de la independencia en la época helenística). El apellido es más declarativo aún: “mi pueblo vive” (*am-í jai*).

Tras la independencia, estudió Biblia y literatura hebrea en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Aunque lo había estudiado desde niño, el hebreo no era su lengua materna, sino la adoptada por el estado que contribuyó a crear él, del mismo modo que contribuyó a crear la lengua poética moderna de ese país. Ya a partir de su primer libro, publicado en 1955, articula diversos estratos lingüísticos, desde la antigua lengua bíblica hasta las expresiones coloquiales del idioma moderno que estaba (y aún está) gestándose, con todos los matices intermedios, y esa misma articulación se reflejaba en los temas y motivos, donde convivían “la Biblia y el calefón”, la más lejana tradición con los últimos inventos de la tecnología. Bien lo declara el título de ese primer libro: *Ahora y en otros días*. No se trata de una mera acumulación yuxtapuesta, sino de hacer vivir el ayer en el hoy, algo que intentaron de distintas maneras varios poetas del siglo XX en otros idiomas.

Una docena de poemarios, un par de novelas y una colección de cuentos conforman el conjunto de la obra que dio a la imprenta hasta su fallecimiento en 2000. Sus poemas han sido recitados y cantados en escuelas, bodas, entierros, fiestas; él en persona leyó uno, e Itzjak Rabin otro, durante la ceremonia en que éste último recibió, junto con Shimón Peres y Yaser Arafat, el Premio Nobel de la Paz 1994, tan desdibujado por trágicos hechos posteriores. El propio Amijái fue durante años candidato al Premio Nobel de Literatura, y sus obras han sido vertidas a varias decenas de idiomas (en la traducción al inglés de algunos de sus libros de poemas participó Ted Hughes, a quien lo unía la amistad y la admiración mutua).

Los dos poemas traducidos a continuación reflejan las experiencias vitales y literarias resumidas precedentemente. En el primero, un soneto con escasas irregularidades de metro y rima (algo más irregular y sin rima en la traducción), el horror de la guerra se hereda de una generación a otra, pese a que el padre imaginaba construir en las treguas otro futuro para su hijo, mientras el amor (proverbial de una madre) encarnado en un objeto cotidiano es un resto que se endurece. El segundo poema exhibe ya desde el título y verso final, al igual que en el penúltimo verso, un trabajo poético sobre expresiones modernas habituales (en hebreo como en castellano): “con todo el rigor de la justicia”, y “en el pleno sentido de la palabra”. Entre medio, ocurre algo semejante con conocidos pasajes bíblicos: “Haré tu descendencia como el polvo de la tierra; tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu

descendencia” (*Génesis*, XIII.16); “Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas... Así será tu descendencia” (*Génesis*, XV.5); “De pronto aparecieron los dedos de una mano humana que se pusieron a escribir, detrás del candelabro, en la cal de la pared del palacio real...” (*Daniel*, V.5 ss.). Hay quienes han querido ver también, en “hazte presente”, una alusión a (o una devolución de) las palabras de Yahveh a Caín después que éste asesina a Abel: “¿Dónde está tu hermano...?” (*Génesis*, IV.9). Y es ése el tono que gobierna el poema: la entonces no inusual increpación a un Dios que había prometido a Abraham una descendencia innumerable, pero ¿dónde estaba mientras esa descendencia era sometida al innumerable asesinato? (Hechos que, dicho sea de paso, del pogrom ruso al campo de exterminio nazi, llevaron a tantos sobrevivientes hacia lo que resultaría en el Estado de Israel, en ese sentido indirecto una creación europea.) El espíritu pionero del período fundacional, que en estos poemas se expresaba amorosa y humorosamente doliente aunque pleno de un combativo optimismo, ha cambiado con el tiempo, pero la poesía permanece.

[Agradezco a mi amiga Carina Lion por ayudarme a comprender mejor el original hebreo de estos poemas, porque mis conocimientos de esa lengua no habrían sido suficientes por sí solos.]

Mi padre

Mi padre fue cuatro años a la guerra de ellos,
y no odió al enemigo ni lo amó.
Pero yo sé que entonces día a día
iba ya construyéndome en las treguas,

por exiguas que fueran, que espigaba
en medio de las bombas y del humo,
y guardaba en su mochila raída
con restos de la torta de su madre endurecidos.

Y en sus ojos juntó muertos sin nombre,
me juntó muchos muertos, así yo
los conocía en la mirada de él y los amaba

y no moría en el horror, como ellos...
Llenó de ellos sus ojos y estaba equivocado:
hacia todas mis guerras parto yo.

Con todo el rigor de la piedad

Cuéntalos.
Tú puedes contarlos. Ellos
no son como la arena de la orilla del mar. Ellos
no son como las múltiples estrellas. Son como gente sola.
En la esquina y en la calle.

Cuéntalos. Míralos
cómo miran el cielo a través de casas destruidas.
Sal de las piedras y regresa. ¿A dónde
volverás? Pero cuéntalos, porque ellos
dan sosiego a sus días con los sueños
y van y vienen fuera, y esperanzas no vendadas
están abiertas, y con ellas morirán.

Cuéntalos.
Muy temprano aprendieron a leer la inscripción
terrible en la pared. A leer y escribir en
otras paredes. Y el banquete siguió en calma.

Cuéntalos. Hazte presente, porque ellos
usaron ya toda la sangre y aún falta,
igual que en una operación de riesgo, cuando uno está cansado
y lo golpean y golpean. Porque quién es el juez, cuál la justicia,
sino en el pleno sentido de la noche
y con todo el rigor de la piedad.